



World Library and Information Congress: 70th IFLA General Conference and Council

22-27 August 2004
Buenos Aires, Argentina

Programme: <http://www.ifla.org/IV/ifla70/prog04.htm>

Code Number: 073-S
Meeting: 120. Rare Books and Manuscripts
Simultaneous Interpretation: Yes

Viaje de una crónica del Nuevo Mundo al Viejo y su regreso: la *Historia general del Perú* de Martín de Murúa del Museo J. Paul Getty (Ludwig Ms. XIII 16)

Barbara Anderson

Getty Research Institute
Los Angeles
USA

(Las palabras en negrita remiten a las imágenes de la pantalla)

Abstract

La Historia general del Perú de Martín de Murúa, fechada en 1613, es la primera crónica ilustrada de la historia prehispánica y de los primeros años tras la conquista de ese país. En sus casi trescientos años de existencia, viajó primero a través del virreinato en busca de las aprobaciones de publicación, antes de hacer su camino hacia España e Inglaterra, acumulando las huellas de la política, la historia y personajes célebres que lo apreciaron, pero que lo llevaron al olvido durante más de un siglo. En 1945 resurgió, continuó su odisea, a Nueva York, a Alemania, y de nuevo al Nuevo Mundo, donde el libro, sus adiciones y supresiones gozan finalmente de un estudio constante.

La *Historia general del Perú*, escrita por Martín de Murúa en las décadas finales del siglo XVI, es la primera crónica ilustrada de la historia prehispánica y de la primera etapa posterior a la conquista de ese país. Murúa, un fraile mercedario vasco nacido en la segunda mitad del siglo XVI, pasó la mayor parte de su vida adulta en varias ciudades del virreinato de Perú, incluyendo Cuzco, Aimaraes y Arequipa.

Antes de 1590 redactó un borrador de texto y encargó las ilustraciones para una primera versión de su historia de Perú. En 1613 había completado ya la segunda versión, substancialmente diferente, la que comentamos hoy. Ambos describen, en un texto detallado y con imágenes, a los incas, su gobierno, costumbres, ciudades y los primeros años de la conquista y del nuevo gobierno virreinal. Las treinta y siete ilustraciones de la segunda versión, o versión Getty, representan **escudos de armas** de Perú, retratos de los **incas** y sus **coyas** de cuerpo entero a toda página, algunos **episodios** representativos de sus historias. Fueron realizadas por varios artistas, incluyendo al nativo Felipe **Guamán Poma de Ayala**, quien también escribió e ilustró la crónica que será objeto del artículo que presenta mi colega Ivan Boserup.

Murúa desapareció de la escena tras completar su segundo manuscrito. Como su autor, la primera versión desapareció tan pronto como fue escrita y recopilada, para resurgir en la segunda mitad del siglo XX, y aún entonces sólo de manera discreta cuando el antropólogo Juan Ossío rastreó el manuscrito hasta Irlanda en 1981, anunció su supervivencia y está supervisando su primera publicación. Se conoce mucho más la historia de la segunda versión de Murúa, que tuvo una vida rica y extensa en varias etapas, apreciada por los pocos que la conocieron, y que incluso jugó un papel en acontecimientos importantes a lo largo del tiempo, aunque permaneció esencialmente escondida otros trescientos años, en cinco países y tres continentes.

Las primeras indicaciones de sus desplazamientos se hallan en el mismo manuscrito, y se refieren al camino hacia su publicación, una publicación fervientemente deseada por el autor y jamás conseguida. Como todos los manuscritos que aspiraban a imprimirse en el imperio español durante este período, éste tenía que conseguir las aprobaciones escritas para obtener una licencia. Entre 1611 y 1615, Murúa se ocupó probablemente él mismo a través del virreinato, yendo a Ilabaya, La Paz, Charcas, La Plata, Potosí y Córdoba de Tucumán, en reunir los privilegios de varias autoridades religiosas y civiles que certificaran tanto su autenticidad como su compatibilidad con la doctrina de la iglesia, declaraciones firmadas de una hoja, fechadas e insertadas al principio del manuscrito. La grafía de algunas de ellas comparada con la del cuerpo del manuscrito sugiere que las aprobaciones fueron redactadas y transcritas por Murúa o su escriba mientras viajaban de lugar en lugar.

Más tarde, en 1615, el manuscrito llegó al convento madre de los mercedarios de Madrid, y desde allí llegó al rey **Felipe III** y a su secretario de estado, Pedro de Contreras, quienes firmaron su aprobación en 1616, y agregó la licencia para publicar, publicación que, a pesar del *imprimatur* real, se frustró. En la página siguiente, sin fecha ni firma, hay una ofrenda florida del manuscrito como regalo al príncipe de España Felipe IV y su princesa, cuyo nombre está en blanco. Como Felipe fue nombrado rey y se casó en 1621, el ofrecimiento debió ser anterior, pero no está claro quién transcribió e insertó esta hoja y cuándo, porque la grafía corresponde a una mano temblorosa, distinta a la de las otras hojas, y está llena de tachaduras. A una grafía distinta de la bella y uniforme del cuerpo del texto, pero similar a alguna de sus correcciones, corresponden inscripciones sobre varias de las

ilustraciones que dicen “**no se a de pintar**”. Parecen ser instrucciones para que la imprenta no reprodujera aquellas imágenes concretas. Quizá, tras el estudio de la eminente erudita Rolena Adorno, se pueda llegar a saber si los cambios de grafía son de Murúa o de un posible editor de España.

Los libros y manuscritos sobre el Nuevo Mundo que llegaron a la Corona de España a menudo terminaron en las manos de quienes se encargaban en la corte española de historiar o informar sobre la administración de las Indias. Por la *Bibliotheca Hispana Nova* de 1672 del bibliógrafo americanista Nicolás Antonio sabemos que el manuscrito había estado en la colección de Lorenzo Ramírez de Prado, un diplomático y abogado que mantuvo una estrecha relación con Felipe III y Felipe IV, y destinado por éste último al Consejo de Indias en 1631. Como bibliófilo notable, su vasta biblioteca contenía prácticamente todo lo publicado en el Nuevo Mundo. Después de su muerte en 1658, se inventariaron sus libros, que terminaron en la biblioteca de su *alma mater*, el Colegio Mayor de Cuenca de la Universidad de Salamanca, donde el Murúa se registró en el primero de los dos inventarios que sobrevivieron, fechado en 1782.

No se sabe cuán generalizada fue la reputación del libro o su uso en las historias de las Indias escritas en los siglos XVII y XVIII, pero fue ciertamente conocido. Después de la publicación de Nicolás Antonio de 1672, Andrés González de Barcia hizo en 1738 una nueva edición considerablemente aumentada de la bibliografía de trabajos sobre las Américas de Antonio León Pinelo de 1629, que incluía una entrada abreviada tomada del primer trabajo de Murúa sin referencia a su localización. La primera consulta erudita documentada del manuscrito se realizó en 1785, cuando Juan Bautista Muñoz, cronista real de las Indias, lo copió en Salamanca en uno de sus viajes a través de España en busca de bibliotecas en las que hallar fuentes para escribir una historia de las Indias. El libro permaneció incompleto a su muerte en 1799, y la copia del manuscrito de Murúa, aunque depositada a su muerte en la Real Academia de la Historia de Madrid, se perdió.

Poco tiempo después de que Muñoz viera el manuscrito, Carlos III ordenó el cierre de todos los colegios mayores de España. Hacia 1802, el Murúa y muchos otros preciosos manuscritos medievales y renacentistas pasaron de Salamanca a Madrid, ya que Carlos IV se apropió de tesoros de las bibliotecas de los recientemente clausurados colegios para enriquecer su biblioteca del Palacio Real. Una inscripción sobre el **frontispicio** del Murúa: “de la Bibl. Del Co Mr de Cuenca” aparece también en otros volúmenes, de una mano similar, y probablemente remite a esta transferencia, documentada en un inventario manuscrito que se halla ahora en la Biblioteca Nacional de Madrid.

No mucho más tarde de que el manuscrito regresara a su propietario real español, Napoleón obligó a Carlos IV a abandonar el trono, y lo reemplazó por su hermano José Bonaparte en 1808. José mandó estampar su propio sello en el interior de las nuevas encuadernaciones que encargaba para muchos libros de la biblioteca, especialmente aquellos que habían ingresado recientemente en el palacio. Este sello, perdido ahora en el Murúa, sobrevivió hasta 1961, cuando se eliminó con la nueva encuadernación del manuscrito.

En 1813 el manuscrito entró en una nueva fase y jugó un nuevo papel como moneda de cambio en los acontecimientos históricos europeos durante las guerras peninsulares para echar a los franceses de España.

En el bando de España estaba Inglaterra, que envió a su más gallardo héroe militar, Arthur Wellesley, Duque de Wellington, para mandar las tropas anglo-españolas. Tras la decisiva Batalla de Vitoria, José Bonaparte intentó huir a Francia en una caravana de carruajes cargados de libros y de pinturas del palacio. Cuando percibió que los hombres de Wellington le tenían cercado, se dice que José saltó a un caballo que le esperaba y galopó para salvarse hasta más allá de los Pirineos, dejando atrás los tesoros de su botín.

Wellington los cogió, los embarcó luego hacia Inglaterra y pidió a su hermano Henry Wellesley, embajador británico en España, que mandara que los evaluaran en Londres y rápidamente los devolvieran al recién reinstalado rey Fernando VII. Su hermano apreció la importancia del tesoro e intentó durante dos años, a través de canales diplomáticos ingleses, devolverlos todos a las colecciones reales. En 1816, en uno de sus pocos actos de generosidad conocidos, Fernando declinó oficialmente su devolución, regalándolos a Wellington en gratitud por su papel en la expulsión de los Bonaparte. Así, pues, doscientos años después de que el manuscrito hubiera llegado al que Murúa hubiera deseado que fuera su último hogar, dejó España y se instaló en Inglaterra.

El manuscrito no sólo sobrevivió a este episodio sangriento, sino que también tomó parte en otro momento decisivo, esta vez en la historia del coleccionismo. Tras la Revolución Francesa y las guerras peninsulares, entre otros conflictos emergentes, muchas colecciones privadas viajaron al extranjero, a menudo por primera vez desde su creación, y básicamente a Inglaterra, sea como botín de guerra o por ventas forzadas por las nuevamente empobrecidas circunstancias de la nobleza en países devastados. En este período, el arte de España, y en este caso de sus colonias, empezó a ser conocido y deseado fuera del imperio ensanchando la definición de patrimonio nacional de Inglaterra, como se comprendió en retrospectiva en el siglo XX.

El manuscrito pudiera también haber entrado en el panteón de la literatura inglesa. Después de leer la historia de Perú de Robertson, Wellington se dio cuenta del valor del manuscrito, y en 1824 lo prestó a Sir Walter Scott, pensando que quizá pudiera ser un buen material para él. La historia no recoge la reacción de Scott, pero lo devolvió sin usarlo. Tras este rechazo, acumuló polvo en la biblioteca Wellington durante los 125 años siguientes.

En 1945, cuando el manuscrito fue redescubierto e inmediatamente presentado a la comunidad erudita por el séptimo Duque de Wellington, un historiador amateur, su destino cambió.

En 1961, estando aún en la colección Wellington, el manuscrito se encuadernó de nuevo en Londres, probablemente y como mínimo por tercera vez en su historia. Además de la pérdida del sello de José Bonaparte, pudo haber perdido en ese momento más información histórica. Para complicar aún más las cosas, el

manuscrito Wellington sufrió muchas alteraciones más que no se pueden fechar con precisión, con lo que se frustra un pleno conocimiento de las intenciones del autor. Aparecen en el manuscrito diversas manos de escribas; su análisis podría clasificar las enmiendas por grupos. Murúa mismo eliminó y corrigió sus propios textos, y más tarde los censores de la Inquisición de España pueden haber hecho lo mismo con pasajes controvertidos sobre prácticas prohibidas de los incas. Varios folios contienen ilustraciones sobrepuestas a los rectos de las primeras páginas del texto que Murúa había desechado. Éstas se separaron hacia 1979 mientras fueron propiedad de H.P. Kraus, de Nueva York, revelando textos muy interesantes. Además, muchos folios, incluyendo capítulos enteros listados en la tabla de materias, se habían suprimido del manuscrito, dejando sólo cartivanas pautadas. ¿Configuró Murúa el texto así, o fue su editor, el censor de la Inquisición, el coleccionista o alguna combinación?

Muchos de los libros adquiridos por Wellington después de la Batalla de Vitoria, incluyendo el de Murúa, fueron subastados por Sotheby's en Londres en 1979 y comprados por H.P. Kraus, quien vendió el Murúa a Peter e Irene Ludwig, coleccionistas de Colonia con un gran fondo de manuscritos europeos iluminados. Mantuvieron su colección junta sólo hasta 1983, en que fue vendida en bloque al Museo J. Paul Getty de Los Angeles.

Aunque el Murúa pueda quizá parecer huérfano entre los manuscritos europeos iluminados, durante los últimos veinte años desde su llegada a Los Angeles, ha sido el ítem más consultado de los fondos del Getty. Su itinerancia aún no ha terminado: el Museo Metropolitano de Nueva York quiere exponerlo en una exhibición que se inaugurará el mes próximo. El Getty le dedicará próximamente una exposición, una edición facsímil, seminarios y una eventual publicación en la web a fin de facilitar un avance en varias áreas de erudición tales como una prueba científica de sus pigmentos y tintas, analizando las manos de las ilustraciones y de los textos. El manuscrito, en muy buen estado a pesar de sus peregrinaciones, ha encontrado un lugar de reposo en las Américas donde finalmente disfruta de la luz de una bien merecida atención.